

SEGURIDAD, FIDELIDAD, FLEXIBILIDAD

A la redacción de *Oración de las Horas* han llegado ya numerosas respuestas a nuestra última encuesta. Esperemos que lleguen aún otras para que un amplio abanico de pareceres sea más significativo de la opinión de quienes nos leen. Con ello la encuesta, debidamente clasificada y estudiada, podrá influir positivamente en el futuro de nuestra revista.

Aquí, sin pretensiones de resumir la encuesta —el resumen se publica en este número— queremos aludir a tres conceptos que se vierten en algunas de las respuestas llegadas y que pensamos, pueden ser significativos. Y quizá incluso, para más de una persona, conflictivos. Son los que encabezan este editorial.

Algunos de nuestros lectores afirman que la revista les agrada porque en ella encuentran *seguridad*. Pensamos que con este calificativo quieren expresar que lo que en la revista leen lo encuentran “objetivo”, no únicamente personal. Dicho de otra forma: que en nuestra revista encuentran no la opinión del que escribe sino sobre todo la realidad de lo que cree y celebra la Iglesia. Si nuestra revista les da esta *seguridad*, los que en ella trabajamos nos sentimos satisfechos. Porque *Oración de las Horas* tiene como finalidad educar en la oración litúrgica, y ésta es, por su propia naturaleza, oración comunitaria. Y eclesial. Quien dice *comunitaria* huye —o mejor, sobrepasa— el ámbito de los sentimientos meramente individuales. Y quien añade *eclesial* piensa en un comunitario mucho más amplio que la asamblea de los que se han reunido en un lugar determinado. Por ello la liturgia, que supone sin duda unos participantes que oran personalmente mostrando a Dios su propio rostro en una oración filial y espontánea (Cf. *Sacrosanctum Concilium* n.12), en la celebración, en cambio, no admite expresiones espontáneas porque éstas manifiestan más los sentimientos individuales que el sentir de la Iglesia como tal. Porqué la Iglesia, aunque abarca en su seno a cada uno de los fieles y los asume en su comunión —y por ello en su oración— es, con todo, algo más que la suma de estos fieles; y la oración de la Iglesia algo muy distinto de la adición de las oraciones personales de los reunidos en un lugar.

Quizá resulta más ambiguo dilucidar lo que buscan quienes hablan de *fidelidad y flexibilidad*. Digamos, en primer lugar, que en sus respuestas no

se refieren a dos realidades independientes sino más bien a un binomio con dos facetas que desean ver siempre realizado en las maneras de celebrar. Y que, algunos por lo menos, temen que no se reflejen suficientemente en nuestra revista. En concreto parecen estar preocupados en ensambalar la necesaria observancia de las normas litúrgicas con una deseable libertad de espíritu, o, para emplear una expresión hoy en boga, desean una legítima creatividad, una liturgia "al día" y sin estrecheces, sin dejar, con todo, de ser fieles a lo que quiere la Iglesia "de hoy". Por nuestra parte estamos totalmente de acuerdo en que no se debe optar por la *fidelidad* en contra de la *flexibilidad* ni viceversa, sino que hay que ensambalar ambas realidades. Pero añadiríamos que esto no puede lograrse con pequeñas concesiones o rebajas. Entre otros motivos porque resultaría difícil —y subjetivo— determinar en concreto qué puntos de los que piden las normas son secundarios y por tanto pueden dejar de atenderse sin pecar contra la fidelidad. Sobre todo teniendo presente que las enseñanzas del "renovador" Vaticano II insisten en la observancia de incluso pequeñas cosas. Y que Juan Pablo II conduce la Iglesia por este mismo camino. "Nadie, aunque sea sacerdote, añada, quite o cambie *cosa alguna* por iniciativa propia en la liturgia" (Sac. Conc., n.22); ésta es la doctrina conciliar. Y el Papa habla en este mismo sentido: "Debemos ser fieles *en los pormenores* a lo que ella (la celebración) expresa... El sacerdote debe poseer un particular sentido del bien común de la Iglesia... al que debe subordinarse... subordinación que debe encontrar también su expresión en la *observancia de las exigencias litúrgicas*, exigencias que se refieren, por ejemplo, al hábito y particularmente a los ornamentos que reviste el celebrante" (Dominicae Coenae, n.12) ¿Cabría, pues, continuar hablando de fidelidad si se prescinde de estas enseñanzas tan explícitas?

La flexibilidad, por tanto, hay que buscarla por otros caminos que existen, que ha abierto el Vaticano II y más aún la reforma, pero que han sido y están siendo muy poco transitados. Por ejemplo, cuando por razón de una fiesta se interrumpe la lectura ferial, cabe, o bien unir esta lectura a la de un día próximo, o bien determinar cuál de las dos lecturas debe preferirse. ¿Dónde está la flexibilidad que sabe escoger qué texto es más interesante para la asamblea? ¿No se opta casi siempre, sin la menor flexibilidad, por las lecturas que el Leccionario asigna al día? ¿Y el seleccionar las oraciones de las misas feriales, procurando que se usen todas ellas equilibradamente, sin repetir constantemente las del domingo anterior? ¿Y el procurarse, por lo menos de vez en cuando, como lo sugiere la "Institutio" de la Liturgia de las Horas, lecturas semicontinuas de las obras de los Padres, en lugar de repetir siempre las que se encuentran en el mismo libro del Oficio divino? ¿Y el recurso a las numerosas posibilidades explícitamente indicadas en el Directorio de las misas con niños? Pensamos que una lectura atenta de los actuales libros litúrgicos ofrecería un gran ámbito de interesantes y más objetivas flexibilidades que no comprometerían la fidelidad. (P.F.)